

1
EL DICTAMEN

Veracruz - Julio 14 - 927.

UNTO

IBN

EL DICTAMEN

— — DESDE LA CIUDAD DE MEXICO — — 2

UNA CAPEA POLITICA

Por Jorge Labra

La campaña política ha tenido un matiz de corrida de toros, actuando de primer espada el ex torero D. Luis León, y de cornúpetos imaginarios lo que ha dado en llamar el sarcástico General Obregón, la junta de candidatos. Ahora lamentó no haber cobrado nunca afición a las corridas de toros para poder escribir una reseña con todas las de la ley, que superara a las de Latiguillo y Monó Sabio que según el decir de los aficionados resultaban mejor que las mismas corridas; pero he de esforzarme porque no se diga de mí que no entiendo una jota del arte del capeo y por tanto, que soy inapto para ocuparme de este caso tan interesante en la historia de las corridas de toros como en la de las luchas electorales.

Imaginemos—porque todo esto tiene que ser a base de imaginación para que en todo caso sea nuestra fantasía la que cargue con la responsabilidad—el coso de la ciudad de Culiacán, que es el lugar escogido para la lidia o jaripeo o coleada, según ustedes le quieran llamar. El circo está de bote en bote conteniendo a los innumerables partidarios del General Obregón que se presenta por segunda vez ante el pueblo para que le ratifique su confianza a efecto de que, también por segunda vez, rijá nuestros destinos desde la silla presidencial. En esta ocasión se le ha metido al candidato entre ceja y ceja que va a contender con una junta y como Obregón no es hombre a quien se le cierra el mundo, sino que para cada caso tiene un remedio, como para cada situación un chiste, aunque ya no le hagan gracia al General Serrano como cuando los hacía su General a costillas de los reaccionarios, lo primero que pensó el candidato para enfrentarse a la junta imaginaria, fué buscar un torero. Y le vino como anillo al dedo, según la expresión, el ex Ministro y primer espada, aunque también ingeniero agrónomo, D. Luis León, mismo que acaba de renunciar el Ministerio de Agricultura para estar listo al quite en la campaña política.

Comienza la función y aparece la cuadrilla. La cuadrilla la forma D. Luis León. Apenas lo ve el público rompe en aplausos, gritos y silbidos, que todo junto, significa loco desbordamiento de alegría. Y cuando resuenan todavía en el aire los apretados palmoteos, del fondo del circo surge el mugido bramante de la bestia furiosa: Muuuuuuuu! El primer espada se adelanta en ademán gallardo, como lo hacía provocando babeos de admiración D. Petronio Gaona, a quien sus monos sabios quieren hacerlo ahora Gobernador, considerando que no debe haber mucha diferencia entre descabelear cristianos y dar la puntilla a las reses; y con la elegancia de un esteta que arroja la primera capa D. Luis dibuja una larga para atraerse a la fiera y consentirla...

—;Muuuuuuuu!, vuelve a rugir el monstruo y D. Luis León avanza dos pasitos toreros con sus correspondientes pataditas de provocación, metiéndose hasta los propios terrenos de la fiera que está aquerenciada en su rincón y se conforma con seguir mugiendo, como si con bramidos pretendiera asustar al primer espada. El público aplaude el desplante del lidiador con gritos y silbidos y otras de más...

ciones de las plazas de toros lo anima y estimula para que clave el estoque en el morrillo de la yunta, que por centésima vez contiene la algazara con su furioso bramido: —Muuuuuu! en tono sobreagudo que parece un troglodítico alarido.

El ingeniero León se tira a fondo y no sabe si topa en pulpa o en hueso; sólo ve que su invicto General Obregón cuenta todavía con un brazo para empuñar la bandera de la revolución, que también es una bandera imaginaria, pues generalmente se entiende por tal una ametralladora o un fusil Rexer o más modestamente una Colt 45 reglamentaria.

Aphusos estruendosos revueltos con bramidos y entra al quite el General Obregón.

El soldado invicto mueve su brazo en ademán rotundo y se muestra dubitativo sobre si es una fiera o un ser humano el autor de los mugidos; pero de cualquier modo, sea quien fuere, hombre o espectro, ángel o demonio, lo invita a discutir con ideas y no con mugidos que solo espantan a los niños que concurren al circo, pero no a quien está acostumbreado a velar cadáveres con cabezas de terillo.

Hay que convenir en que el General Obregón perdió los estribos. Porque él, menos que nadie, podía extrañarse de los mugidos. ¿No proclamaba que está lidiando a una yunta? ¿no para el mejor éxito de la lidia o sea el descabello de los cornúpetos se ha buscado a un torero que hoy fuera prominentemente profesional en el arte de Cúchares si la Revolución no le hubiera truncado la carrera haciéndolo Ministro de Agricultura? ¿Entonces?

Entonces, si se quiere discutir hay que elevar al contradictor a la altura de uno mismo; porque si se tiene a los contrarios en concepto de ruminantes, no será la única vez la de Culiacán en que los ingeniosos conceptos, la punzante sátira, la sutil intención con que hermosea y burilla su oratoria, el candidato invicto, topan con el bramido de la yunta que por tener que conservar su calidad bovina solo sepa mugir y cornear; ambas cosas impropias para el torneo de las ideas a que convoca el General Obregón a sus competidores en la lucha política para la renovación del Ejecutivo Federal. El impropio también para un acto de la seriedad que implica el de la selección de un hombre para la Primera Magistratura del país. Porque si el General Obregón persiste en denominar a sus contrincantes con el término despectivo de yunta, y estos en desquite le llamasen zorro, o jaguar o cualquiera otro nombre correspondiente a una clasificación zoológica, cuando estuviera avanzada la campaña, no se preguntaría cuál de los candidatos tiene más probabilidades de triunfar, sino cuál es la bestia preferida; y aunque entre nosotros ya se sabría que la denominación era convencional, en el extranjero pensarían que esto era efectivamente una selva en busca de rey.

He pretendido hacer una buena reseña de la corrida en Culiacán, pero noto que he fracasado. Se me olvidaron los orejas y los rabos.

JORGE LABRA